

CAPÍTULO XXVI

LA EVALUACION DEL SEXENIO 1982-1988

1. LOS OBJETIVOS

Se recordará que el Plan Nacional de Desarrollo (1983) estableció tres propósitos fundamentales para el sector educativo: promover el desarrollo integral del individuo y de la sociedad mexicana, ampliar el acceso de todos los mexicanos a las oportunidades educativas, culturales, deportivas y de recreación, y mejorar la prestación de los servicios en estas áreas.

De acuerdo con estos propósitos, la Revolución Educativa fijó los siguientes objetivos:

a) Elevar la calidad de la educación en todos los niveles, a partir de la formación integral de los docentes.

b) Racionalizar el uso de los recursos disponibles y ampliar el acceso de los mexicanos a la educación, con atención prioritaria a las zonas y grupos más desfavorecidos.

c) Vincular la educación y la investigación científica y tecnológica con las necesidades del país.

d) Regionalizar y descentralizar la educación básica y normal.

e) Mejorar y ampliar los servicios en las áreas de educación física, deporte y recreación

f) Hacer de la educación un proceso permanente y socialmente participativo

A semejanza de la evaluación del sexenio anterior, en ésta se aportarán los datos relativos a cada uno de los objetivos de la Revolución Educativa.

Primer objetivo. Elevar la calidad de la educación en todos los niveles a partir de la formación integral de los docentes.

Los resultados de la primaria fueron pobres, como lo manifiestan los siguientes ejemplos: los niños egresados de primaria del estado de Jalisco (42 367) obtuvieron, en el examen de admisión a la secundaria, los siguientes prome-

dios en una escala de 1 al 10: comprensión de lectura, 8.39; ortografía, 6.84; literatura, 5.41; ciencias sociales, 5.37; lingüística, 5.33; ciencias naturales, 4.96 y matemáticas, 4.15.

La secundaria tampoco salió bien librada. Así lo reveló el examen de admisión, aplicado por la UNAM para el ingreso a la educación media superior durante la década 1976-1986. La calificación de corte en una escala de 1 a 10 fue en promedio 3.5. El número de examinados era aproximadamente de 72 700 por año, de los cuales la UNAM admitía sólo 40 000. Por tanto, puede concluirse que 32 000 obtenían calificaciones inferiores a 3.5 (Guevara Niebla, 1992, p. 33).

En 1983 se aplicó en Aguascalientes una prueba a 666 egresados de secundaria, para averiguar su nivel de aprovechamiento. El resultado fue el siguiente: el 50% fue incapaz de leer correctamente la numeración decimal, el 84% no pudo sacar el equivalente decimal de $1/5$, el 90% no pudo obtener la superficie de un triángulo, el 75% no logró deducir el 10% de 3 000, el 94% fue incapaz de resolver el siguiente problema: el gasto de una familia era de \$5 200 al mes, pero ahora aumentó 60%. ¿Cuánto se gasta a la quincena?; el 53% ignoraba el significado de la palabra descender, y el 70%, de la palabra eficiencia, el 90% no sabía dónde se encontraban Perú, Polonia y Suiza (Guevara Niebla, 1992, p. 33).

Los resultados del bachillerato no fueron mejores. La UNAM admitió en la misma década, para el ingreso a estudios superiores, a alumnos con calificación promedio de 4.56 en el examen de admisión (escala de 1 a 10). El 28.4% de los estudiantes examinados (9 300 por año, aproximadamente) obtuvo calificaciones inferiores a ese promedio.

Si volvemos la atención a las metas propuestas en el PNECR (1983) (véase capítulo II), se encuentra que éstas no se lograron. Las cifras de la eficiencia terminal fueron en general más bajas que las señaladas, como puede verse más arriba. La disminución del analfabetismo hasta el 7% fue dudosa y, desde luego, el analfabetismo funcional permaneció en el 39%, el verdaderamente importante (Guevara Niebla, 1992, p. 38)

Se echaba de menos la actualización y el mejoramiento de los profesores. Prevalecía la doctrina pedagógica del profesor transmisor de conocimientos al alumno –el recipiente– y mientras más fielmente éste los reproducía era mejor estudiante. Cierto, se introdujo la licenciatura para los profesores

de preescolar y primaria y se exigió el bachillerato para cursarla. Pero ¿no había sido éste un mero cambio de nombre en el título de normalista a licenciado? Si los profesores de la licenciatura eran los antiguos normalistas. ¿No existió el grave y cierto peligro de “endogamia intelectual”? Era imposible pedirles a los antiguos normalistas que se convirtieran de la noche a la mañana en profesores universitarios. Por otra parte, una licenciatura aislada en la normal empobrece a los estudiantes, al privarlos del contacto con otras ramas del saber. Por eso, como se dijo más arriba, en otros países las escuelas de educación están en las universidades.

Segundo objetivo, primera parte: racionalizar el uso de los recursos disponibles. En realidad, no se racionalizaron los recursos existentes, sino que se efectuó un cuantioso recorte de recursos financieros para la educación pública. El servicio de la deuda nacional pasó de 18% al 49% del gasto federal y, así, se eliminó cualquier posibilidad de simple conservación, mucho menos de ampliación. Para 1987, la educación había perdido el 35% del financiamiento del cual disponía al comenzar el sexenio y, por tanto, el gasto educativo nacional cayó del 5.3% al 3.3% del PIB.

No hubo dinero para la planta física ni para muebles y equipo. El efecto más dañino se percibió en el salario de los educadores, el cual se erosionó continuamente a lo largo del sexenio, de suerte que en 1988 era casi el 50% de su valor inicial. Esta pérdida del ingreso no sólo dio origen a prácticas de supervivencia—dedicarse al comercio; doblar turnos, ejercer el oficio de taxistas— sino que estuvo acompañada de un extendido ambiente de irritación e indiferencia (Olac Fuentes Molinar, *La Jornada*, enero 6 de 1989).

Segunda parte: ampliar el acceso de los mexicanos a la educación. El nivel preescolar pasó de 1 690 964 niños a 2 625 678 con aumento de 934 714, cifra significativa si se recuerda la importancia de la estimulación temprana para el desarrollo del niño; 53 265 profesores (1982) se convirtieron en 93 416 (1988); un incremento de 40 151; y las escuelas crecieron en número, 18 133 desde 23 305 hasta 41 438. En cambio, la educación inicial, de tantas esperanzas para el desarrollo de los niños, quedó absorbida desde 1985 en la preescolar, con grave perjuicio de este tipo de educación que ya rendía opimos frutos para el país.

La primaria experimentó una disminución de 454 908 alumnos, al pasar de 15 222 916 en 1982 a 14 768 008, en 1988. Paradójicamente, los maes-

tros aumentaron en 47 693; de ser 415 425 en 1982 a 463 118, en 1988, y el número de escuelas también creció en 1 777; de 77 900 que había en 1982 a 79 677, en 1988.

Se señalaron como factores de este fenómeno la reducción en el crecimiento de la población y, sobre todo, la crisis económica que ensombreció la vida de cientos de miles de hogares mexicanos durante el sexenio de De la Madrid. El número de habitantes del país era, según el censo de 1980, de 67 182 881.

En cambio, la secundaria registró una expansión notable de 664 040 estudiantes. En 1982 había 3 583 317 alumnos que ascendieron a 4 347 357 en 1988: 189 020 maestros enseñaban en ese nivel en 1982, los cuales llegaron a 238 739 en 1988, es decir, un incremento de 49 719; en 1982 había 12 914 escuelas y, en 1988, 17 640, con un aumento de 4 726.

Sin embargo, todavía los analfabetos eran 5 700 000, 300 000 menos que los seis millones que el país venía arrastrando desde 1940, y 15 millones de adultos sin terminar la primaria.

El analfabetismo rondaba el 13%, si bien la SEP pretendía haberlo disminuido a 7%. Un millón de indígenas permanecía carente de educación. Sólo se atendía al 40%.

En 1984 las escuelas unitarias eran 7 820.

La eficiencia terminal en primaria urbana fue de 51% (1983-1986). En las zonas rurales esta eficiencia descendía dramáticamente hasta alcanzar 10%. Sin embargo, el PNECR fijó como meta el 70% (Guevara Niebla, 1992, p. 152).

La secundaria obtuvo mejores resultados de eficiencia terminal: 74.7% en promedio de 1983 a 1986 (Guevara Niebla, 1992, p. 153). Los 49 chicos que no terminaban la primaria urbana no necesariamente desertaban. Algunos, la mayoría, la concluían en más de seis años. Un 5.3% del promedio nacional –índice variable de una zona a otra, de un grupo a otro y de un grado a otro– se perdía irremediablemente. Sin embargo, la mayoría de los rezagados no continuaban la secundaria. Algunos de los desertores volvían eventualmente a cursar la primaria en la modalidad destinada a los adultos.

Un 85% de egresados de primaria iniciaban la secundaria y sólo 35 jóvenes la concluían en los tres años reglamentarios. De los retrasados, sólo un 9.3% nunca la terminaban; el resto necesitaría más de tres años, pero proba-

blemente no continuaría estudiando después. De los desertores de este nivel educativo, algunos cuantos se reincorporarían en la modalidad para adultos. De los 35 que terminarían secundaria, 28 seguirían media superior en todas sus modalidades de terminal, bivalente y propedéutica. Egresarían de la media superior unos 14, de los cuales 13 continuarían a la educación superior. Concluirían sus estudios de educación superior un poco más de cinco; y tres lo harían en un periodo razonable (Prawda, 1984, p. 77).

En el capítulo de reprobación, se advierte que es de 10%, si bien no es el resultado de aplicar una serie de criterios homogéneos en todo el país. Cada escuela definía sus propias normas. En algunos casos, la reprobación obedecía a políticas de otra índole, como no impedir, por la repetición de año del reprobado, la inscripción de alumnos procedentes de grados inferiores (Guevara Niebla, 1992, p. 36). Recuérdese que ya en el sexenio 1964-1970 no había reprobados. Todos los estudiantes pasaban de año, con resultados inconvenientes para los aprobados, pues, en el siguiente curso, bajaba el nivel académico por la presencia de los que debían haber sido reprobados, y también para estos mismos quienes acababan por perder el interés por los estudios y su propia estima disminuía.

Otra consecuencia de la reprobación era que cerca del 10% de los niños inscritos repetía el curso en que se encontraba, si bien en primaria rebasaba el 40% en promedio, con una mayoría en las zonas rurales. Por repetición, el 49.5% de los alumnos de escuelas primarias estaba inscrito en grados inferiores a los correspondientes a sus respectivas edades. Cuando este desfase era mayor de dos años –o ingresaban en edades tardías– los alumnos no terminaban la primaria antes de cumplir los 15 años. Por tanto, no podían concluir su primaria en un sistema regular.

Como consecuencia, los coeficientes de satisfacción de la demanda en las diversas edades descienden de valores cercanos a 100% (en grupos comprendidos entre los siete y diez años), a 50% (en grupos de 11 a 14 años). Por eso, se calcula que unos 25 millones de mexicanos no terminaban la primaria. Tal rezago no tendía a disminuir. De cada cohorte que ingresaba a la primaria, se desprendía un total aproximado de un millón y medio que rebasaría los 14 años de edad sin haberla concluido. Aumentaría, por tanto, el índice nacional de analfabetismo funcional, que era de 39% en 1981 (Guevara Niebla, 1992, pp. 37-38).

Tercer objetivo: vincular la educación y la investigación científica y tecnológica con las necesidades del país.

No hay suficientes datos para afirmar el logro de este objetivo. Sólo se indica el modesto aumento en la educación tecnológica.

CUADRO 94

	<i>1982</i>	<i>1988</i>	<i>Aumento</i>
Alumnos	253 538	460 356	202 818
Maestros	24 416	35 506	11 090
Escuelas	974	1 748	774

La educación media superior también se incrementó como se muestra en el siguiente cuadro:

CUADRO 95

	<i>1982</i>	<i>1988</i>	<i>Aumento</i>
Alumnos	1 535 436	2 012 268	476 832
Maestros	25 903	34 251	8 348
Escuelas	3 215	5 586	2 571

Olac Fuentes Molinar (*La Jornada*, enero 6 de 1989) comenta que la educación pública dejó de crecer, cuando todavía existían palpables insuficiencias, pues apenas la mitad de los niños terminaba la primaria. De 1970 a 1982 el sistema educativo ganaba anualmente más de un millón de alumnos, si bien pudiera criticarse la pobre calidad de la educación y la desarticulación de la misma entre sus distintos niveles. En cambio, de 1984 a 1988 apenas ganó un millón de alumnos. La situación se agravó progresivamente, pues en los tres últimos años del sexenio, el crecimiento acumulado apenas sobrepasó el 1%, mucho menor que el aumento de la población de seis a 24 años. Del

estancamiento podía pasarse, si la situación no mejoraba, a una fase de regresión.

La contracción afectó todos los niveles, si bien fue especialmente aguda en la enseñanza básica, tanto en preescolar, el cual creció 26.5% en 1982-1983 contra el 3.1% en 1987-1988; primaria, en la cual decrecen matrícula, ingreso y salida, 1.6% en 1982-1983 de crecimiento contra -1.5% en 1987-1988; la secundaria con un crecimiento de 7.0% en 1982-1983 pasa a 1.2% en 1987-1988. Estas cifras no sólo reflejan el brutal impacto de la crisis, sino la incapacidad de la escuela para atraer a los alumnos y conservarlos. De cada 100 niños que inician la primaria, 48 no la terminan y 24 de ellos ni siquiera llegan al tercer grado. El dato es una media nacional, en cuyo extremo inferior –Chiapas– sólo egresa el 8% de los niños matriculados.

La enseñanza media superior no se libró de la crisis. En 1981, de cada 1 000 jóvenes que concluían la secundaria, 696 ingresaban en la preparatoria; 170 a profesional media y 134 interrumpían sus estudios. Para 1988, los cambios eran dramáticos; 582 seguían a la preparatoria; 180 a la profesional media, y 238 suspendían sus estudios. Es evidente que la proporción de quienes se salían del sistema educativo con escasa preparación aumentó, mientras la preparatoria y con ella la entrada a la universidad disminuía lamentablemente.

Cuarto objetivo: regionalizar y descentralizar la educación básica y normal. La primaria no perdió su rigidez ni se tuvieron en cuenta las diversidades regionales; la deserción no se redujo. En la secundaria general no se llegó a implantar totalmente el sistema de áreas, en vez de asignaturas, lo cual produjo desorientación en los estudiantes, pues la primaria sí tenía áreas. Sólo la telesecundaria y algunas secundarias técnicas realizaron el cambio. La normal, en cambio, con la elevación a licenciatura y la introducción del bachillerato, se contrajo considerablemente.

CUADRO 96

	1982	1983	Disminución
Alumnos	192 062	51 862	140 200
Maestros	13 310	9 256	4 054
Escuelas	545	425	120

(Hayashi, 1992, cuadros 2.1; 2.12 a 2.18 y pp. 376-378).

Quinto objetivo: mejorar y ampliar los servicios en las áreas de educación física y deporte. No se encuentran especiales adelantos. Se crearon los Centros de Iniciación Deportiva; se estableció la Escuela Nacional de Entrenadores Deportivos, y se impulsó una integración del Sistema Nacional del Deporte en una comisión tripartita en el cual participaban la SEP, el Comité Olímpico Mexicano (COM) y la Confederación Deportiva Mexicana (CODEME) (Miguel de la Madrid, *A mitad de camino*, 1985, pp. 985-986).

Sexto objetivo: hacer de la educación un proceso permanente y socialmente participativo. Se trató de lograr con todas las acciones de los diversos organismos de la SEP. No puede señalarse ningún medio especial para la obtención de este objetivo.

Como puede verse, el sexenio 1982-1988 fue de franco retroceso educativo. No se alcanzaron los objetivos propuestos. La introducción de la licenciatura en educación con el bachillerato pedagógico no mejoró sensiblemente la calidad de la educación. Por otra parte, la aguda crisis económica obligó a muchos niños a abandonar la escuela para ayudar a sus familias a sobrevivir.